

# 3.<sup>a</sup> CONFERENCIA

---

## T E M A

Juan Martín El Empecinado.

La guerra de la Independencia bajo su aspecto popular.  
Los Guerrilleros.

ORADOR

DON JOSÉ GOMEZ DE ARTECHE

---

*Señores:*

Yo había pactado con vuestro digno presidente la lectura aquí de un capítulo inédito de mi humilde obra sobre la guerra de la Independencia: las ocupaciones inherentes á mi carrera, otras, también ineludibles, y el deseo, creo que legítimo, de no interrumpir aquella labor histórica, demasiado atrasada para los pocos años de vida que me restan, me impedían dedicar un nuevo trabajo á esta docta corporación, cual cumple á su importancia y á la de sus ilustrados miembros. Pero, al reflexionar sobre el tema cuyo estudio y explicación se me había encomendado en el programa de vuestras conferencias, he comprendido cuán deficiente resultaría la mía de circunscribirla á un corto periodo de tiempo, el que puede abarcar la narración dentro de los estrechos límites de un capítulo de entre tantos y tantos como mi obra comprende.

Discurrir sobre El Empecinado y la guerra de la Independencia bajo su aspecto popular, y exponer las excelencias y defectos de los guerrilleros, los héroes que la leyenda de aquel tiempo ha hecho únicos campeones de tan gigantesca lucha, es tarea que exige, además de ánimo sereno y carácter independiente, estudio profundo, examen minucioso y desarrollo de ideas que no cabe en el estrecho cuadro que pensaba ofreceros.

Reunidos y coordinados en lo posible todos los capítulos de mi obra, referentes á las guerrillas, podrían daros quizás una noción de ese que, por las condiciones de aquella contienda, llegó á tenerse de muchos por sistema militar, influyente en las más decisivas operaciones; pero nunca la adquiriríais en uno solo de esos mismos escritos sino sumamente vaga é imperfecta.

Hé ahí por qué he debido renunciar á la comodidad que me proporcionaba la amable condescendencia de vuestro presidente para salir, como Dios quiera, del paso honroso á que me han comprometido su insistente galantería y mi temeraria debilidad.

No esperéis, de la de esta noche, una conferencia instructiva y amena. Ni llegan á eso mis fuerzas ni lo ha consentido la situación de mi ánimo en los días empleados en el trabajo histórico que vais á oír. Yo, como el general marqués de San Román, he tenido también que luchar con ese obstáculo.

Pues qué, ¿es posible apartar de la memoria la de la horrible catástrofe que hoy llora toda España?

Como flor de primavera tronchada por el aquilón, cayó el Rey Alfonso abismado en el tenebroso piélago de la muerte, cuando todo parecía sonreírle; con su felicidad, el hogar, encendido en la llama de los sentimientos más tiernos de la familia, y, con su amor, los pueblos que veían en su soberano el único lazo de unión para las voluntades, ántes dispersas, agitadas por la discordia. Y es que su juventud, el valor y, más

aún, la serenidad de su espíritu; aquella imaginación tan brillante, su juicio tan sólido y su talento tan cultivado, daban esperanzas, más que fundadas, de un porvenir tan glorioso como dilatado para la patria.

Pues bien: muerto él, ¿qué puede quedarnos sino

*Miedo en el corazón, llanto en los ojos?*

Y aún cuando crea distinguir en los horizontes de nuestro estado político una luz consoladora que disipe las nubes que nos amenazan, preñadas otra vez de discordias y rencores, ¿cómo quereis que yo, viejo servidor de aquel Rey incomparable, pueda, repito, distraer mi corazón ni mi memoria de la de suceso tan infausto y trascendental?

Vosotros, además, estais hechos á ver ocupado este sitial por los más exímios oradores de España, tan fecunda en ellos por el génio de nuestro idioma, incomparable para las arengas de la tribuna y las luchas de los cuerpos deliberantes. Esos atletas de la palabra, con la belleza de sus imágenes y la magia de su estilo, han alcanzado aquí aplausos y triunfos á que no puede aspirar la frase leída, pensada y escrita en el silencio del gabinete, esclava de las reglas, sin el entusiasmo, en fin, ni las ambiciones que provoca la presencia de un público numeroso, inteligente, juez irrecusable del talento del orador. El fuego de sus ojos, las modulaciones de su voz y hasta su porte y maneras, acordes naturalmente con el espíritu del discurso y á cada momento con la diversidad de las ideas y el giro de las frases, le dan el caracter que la historia nos ha hecho representarnos de aquellos maestros de la antigüedad arrebatando al auditorio con su clásica elocuencia en el, también clásico, ateneo de la ciudad de Minerva. Y como es, no difícil, sino imposible salvar á un discurso de la monotonía y aún el sonsonete de la lectura, fría decla-

mación de un análisis más frío todavía en un trabajo histórico, y que ha de chocar con la índole y las costumbres de esta docta asamblea, necesito me disculpeis del cansancio que voy á producir y necesito recomendar-me, de consiguiente, á vuestra benevolencia.

Yo, en cambio de las galas del ingenio y de la elegancia de la frase, que no puedo ofrecer, os prometo la verdad; porque, de no decíroslo, me haría cómplice de los que prefieren arrastrarse en pos de las muchedumbres á mostrarlas virilmente que la historia enseña, mejor que con el recuerdo de los triunfos, con el de las tristezas y catástrofes de la patria. \*

Os decía la otra noche el General Marqués de San Román: «Han pasado más de setenta años y es hora de que la historia haga su liquidación con las pasiones de aquel tiempo.» Bien quisiera yo hacerme eco de esa bellísima y generosa frase, acogida con el éxito que era de esperar; mis sentimientos, de un lado, y las simpatías que abrigo hacia la nación francesa, por otro, me lo aconsejaban así al oír las elocuentes palabras de mi ilustre amigo. Pero la misión mía en esta conferencia, la patriótica y puede decirse que sagrada de justificar la conducta, no pocas veces violentísima, de nuestros guerrilleros, me obliga á ofrecer á vuestra vista el cuadro, á veces, de los atropellos, las injusticias y las arbitrariedades con que sus enemigos de entonces los provocaron á las más crueles represalias.

Perdonadme, pues, si contra lección tan generosa, repito, del elocuente General, y á pesar de mi deseo y mi costumbre, levanto en momentos mi voz en son de protesta de los dicitos amontonados por los historiadores extranjeros sobre la cabeza de los que no hacían sino defender su religión, su rey, sus leyes y usos, en una palabra, la independencia de su patria, nuestra gloriosa España.

¿Quién era el Empecinado y qué significan los que, como él y tantos otros, combatieron en la guerra de la Independencia en aislamiento casi absoluto de los ejércitos nacionales y aliados? ¿Eran seres, tal vez, extraordinarios, nacidos de aquella solemne ocasión y cuyo valor y pericia bélica, realmente excepcionales, decidieran las batallas que se riñeron en tan sangrienta y porfiada lucha por la libertad de España?

No: la historia patria nos muestra desde sus albores centenares y miles de esos hombres á cada provocación de que haya sido objeto el país, á cada coyuntura que le hayan ofrecido las discordias despertadas entre sus habitantes. Tierra privilegiada para desarrollar los gérmenes de tan devastador elemento, el de las divisiones intestinas, ha visto también siempre cómo surgían con ellas esos seres, tan dispuestos á destrozarse entre sí por el más fútil motivo, como prontos á rechazar las ambiciones ó la injuria del extraño. No es nuevo, pues, el guerrillero, sino autóctono, en España, tan antiguo como las disensiones de sus primeros hombres y como las luchas con sus vecinos ó sus invasores.

Los fenicios y griegos en los tiempos que se esconden en las más densas tinieblas de la nacionalidad ibérica, y los cartagineses y romanos en los ya históricos, sintieron la acción militar de nuestros mayores, desplegada en la misma forma que se ha hecho conocer, después, del mundo, y con iguales caracteres y resultados con que se está reproduciendo cada día. No teneis más que recordar la *guerra de fuego*, tan admirablemente definida en el libro de Polibio, y antes aún, la lucha de Amilcar y sus sucesores en la costa oriental, para dar carta de naturaleza en España á la serie de ardides y estratagemas que constituyeron la primera cualidad de Anibal y han hecho tan estimables las clásicas lucubraciones de Julio Frontino.

Indibil y Mandonio ¿qué fueron sino cabecillas con

los mismos instintos, valor, actividad é inclinaciones que los modernos guerrilleros, su amor á la independencia, su espíritu vengativo, su incansable energía y su fecunda astucia? Brilla, sin embargo, en la historia de aquella lucha, dos veces secular, contra el pueblo-rey, el nombre de un héroe que puede pasar por el tipo más perfecto del hombre de guerra, tal como se entiende en la Península el sistema de pelear más eficaz para la defensa nacional y más propio de nuestros compatriotas. Ese nombre es el de Viriato.

Salvándose, como de milagro, de la matanza ejercida por el malvado Galba, Viriato comenzó su lucha contra los romanos por la ejecución de sus venganzas; la continuó con el prestigio que estas le daban en el ánimo de los naturales; y hubiera acabado su obra de la independencia española sin los manejos cobardes del enemigo y la desunión de nuestros mayores, sordos á sus exhortaciones y ciegos ante la eficacia de sus triunfos. Cada accidente del escabroso terreno de su país, montaña ó desfiladero, bósque ó pantano, fué aprovechado con singular destreza del hábil portugués, como práctico que era en él por su oficio pastoril, por necesidad, después, al burlar las iras del pretor y, finalmente, como general y consumado estratego en los campos de batalla.

No quiero ofenderos con la descripción de sus aventuras y campañas que todos conoceis: mi propósito ahora se reduce al de, por el recuerdo del héroe lusitano, deducir la antigüedad del guerrillero en España y la semejanza de sus procedimientos militares en todas las épocas de nuestra historia. El personalismo ibérico se había comunicado á las tribus hiperbóreas que invadieron la Península, para extenderse hasta nosotros, mostrándose en los más opuestos confines por ese privilegio privativo en nuestra raza de asimilarse sus vencedores.

De ahí el mantenimiento constante de tal modo de ser antiguo, no modificado siquiera por tanto revés y tantas invasiones como ha sufrido España, ni aún por la cultura que nuestro pueblo ha llegado á alcanzar en varias épocas de su larga existencia. En ninguno, puede decirse que se ha revelado más firme y consistente el espíritu conservador, pues leyes, religión y hábitos, cuanto constituye el géno de una raza, se han mantenido en la española con la virtualidad y la forma conocidas desde su origen.

No había de desmentirse en la manera de hacer la guerra; y las aficiones populares se han dirigido, con efecto, en materia de milicia, por los caminos de la independencia á que guía forzosamente el personalismo, que fué la causa de nuestros mayores desastres nacionales y sigue siendo la de nuestra debilidad en las grandes crisis interiores por que ha atravesado la nación.

Si la invasión gótica logró sofocar pronto el fuego de una lucha tan devastadora en sus comienzos como las anteriores, iniciada por aquellos patriotas á que el vencedor dió el nombre de Bagaudos, en la siguiente musulímica, el choque de dos razas, tan divorciadas una y otra de la unidad y la disciplina, produjo la guerra de ocho siglos, que es seguro no hubiera alcanzado período tan largo de ofrecer un caracter verdaderamente militar, no el de fuego que la dieron, además, las rivalidades de los reyezuelos de uno y otro campo.

El *guerrilleo*, pues, y permítaseme la palabra, sin grandes éxitos ante la disciplina romana y débil contra el sin número de los bárbaros y por la indiferencia española entre una ú otra de aquellas dominaciones que parecían eternas, tomó incremento en la Edad Media con fomentarlo el sarraceno con sus discordias y sus algaradas.

Pero nunca se mostró lo general y espontáneo que en la guerra de la Independencia, en que la situación del

país y las provocaciones de que se le hizo blanco en los objetos que le eran más caros y venerandos, lo erigieron en sistema militar, autorizado luego por el éxito que le fué atribuído por una gran parte de pueblo tan impresionable como el nuestro.

Con efecto, no podía ser más precaria la situación de España al verse invadida por las huestes de Napoleon I. El nervio de su ya mermado ejército se hallaba en el Norte y en Portugal apoyando las ambiciones del soberbio Emperador que á nada menos aspiraba que al dominio de todo el Occidente de Europa. Nuevo Carlomagno, con más recursos, empero, y superior talento, émulo y feliz, como ya era, de los más grandes capitanes de la antigüedad, no se humillaba á la idea de encontrar el Zaragoza y el Roncesvalles que habían atajado la carrera de victorias y engrandecimientos del famoso vencedor de los avaros, fundador de una dinastía como él deseaba serlo de otra. Como él también, se había propuesto arrancar coronas por do quier las descubriera, y comenzó á repartirlas entre sus deudos y tenientes para, á la sombra de la gloriosísima suya, crear una federación imperial, con la unidad, sin embargo, que la darían su caracter de hierro y su inteligencia soberana. Lo he dicho en otra parte: «Para encontrar rivales á ese Titán moderno, es necesario trasladarse á épocas remotísimas, y, aún así, Alejandro, Aníbal y César tendrán que reunir en un sólo símbolo lo levantado de sus pensamientos, lo emprendedor y hábil de sus estrategias y lo sublime de sus cálculos para componer la ingente figura de Napoleon Bonaparte.» Sus ejércitos eran tenidos, además, por invencibles, guiados, como iban, por hombre tan extraordinario y por sus discípulos, cada uno de los cuales parecería un maestro en el arte de la guerra si no los empequeñeciera á todos el sapientísimo suyo.

¿Cómo resistir, pues, sin hombres, cañones, ni dine-

ro, sin administración sobre todo, ni gobierno, puesto el español en manos tan débiles como ineptas?

Y, sin embargo, el que tenía por uno de sus primeros atributos el de magnánimo, creyó deber acudir á las artes más ruines para atropellar á una dinastía que llamaba envilecida y someter á un pueblo que decía estar sumido en la más crasa ignorancia y el abatimiento más vergonzoso. Introdujo la discordia en la familia real de España y trató de desautorizarla á los ojos de los españoles, tan celosos de su dignidad personal y del decoro y la honra de la nación. Propaló sus intenciones de regeneración para halagar nuestra vanidad característica; y temeroso todavía de un fracaso por falta de disimulo, inventó tratados donde se prometía largamente gloria y engrandecimiento y, con arreglo á ellos, deslizó sus legiones por el país, fugiendo dirigirlas al exterminio de los que él hacía suponer enemigos nuestros para mejor sorprendernos y avasallarnos. Y cuando apoderado así de nuestras plazas más fuertes, subvertido el espíritu público con sus manejos y las predicaciones de sus agentes y adeptos y maduro el plan de antemano concebido, creyó oportuno el instante para llevarlo cumplidamente á efecto, en un día dado, á la hora misma, puede decirse, y como impelidos por un resorte solo, se pusieron en juego todos los elementos de tan infernal máquina, cuerpos de ejército, amenazas, sugerencias é intrigas que ahogaran cualquier intento de resistencia.

La familia real fué secuestrada; las tropas se vieron dispersas y las autoridades destituidas.

¿Rompería el pueblo español las espesas y robustas mallas de red tan traidoramente urdida? En colectividad no era fácil que pudiera deslizarse por ellas y menos destruirlas; y, entonces, herido en sus sentimientos de honor y de orgullo nacional tan hondamente arraigados, é inspirándose en los de su patriótico an-

helo y en el deseo de la venganza, que siempre le ha distinguido, apeló á aquel personalismo histórico que había hecho la gloria de sus predecesores.

Hé aquí el origen y la causa de las guerrillas en la gran epopeya de la Independencia española.

Al grito del DOS DE MAYO, *la chispa eléctrica que*, al decir de un insigne académico, *incendió á Europa y la purificó de tiranos*, respondió España unánime, suceso verdaderamente extraordinario en esta tierra de discordias. Solamente algún *espíritu fuerte*, rebelde á la majestad de las causas más santas y eso por flaqueza de carácter, no pocas veces enmascarada con la ostentación de una falsa independencia, por miedo, en una palabra, al poderío, en sentir suyo, incontrastable de la Francia, dejó de seguir aquel movimiento general de la nación. El magnate como el menestral, el propietario como el labriego, sin concierto prévio, pero sin vacilar por eso un momento, se lanzaron como un sólo hombre, y hombre de honor según la frase napoleónica, á la resistencia más tenaz y gloriosa que registran los anales de los tiempos modernos. Allí no hubo clases que se distinguieran entre las demás en la manifestación de sus sentimientos patrióticos; todas contestaron al grito de angustia de Madrid y al de indignación del alcalde de Mostóles, con el unísono, estridente y aterrador de ¡Guerra y venganza!

En las ciudades ocupadas por el enemigo, se tradujo ese arranque en la trasmisión de confidencias y en donativos de armas y dinero; en las libres, en la organización de fuerzas para el ejército regular, el trabajo en las fortificaciones, el concierto con los demás países y la adquisición en ellos de toda clase de subsidios para hacer la lucha más eficaz; en los campos, finalmente, por la acción individual ayudada de los únicos recursos, allí existentes, de la astucia y la violencia.

Para ejercitar mejor esa acción personal, los montes se hicieron la guarida favorita de los patriotas, las rocas y matorrales el mejor parapeto, los caminos el teatro más propio, y las casas de labor, las ventas y desiertos, su punto de cita, su cuartel general. Las aldeas quedaron destinadas á otro género de servicios; á los de espionaje, provisión de mantenimientos y al horriblemente sublime de las venganzas por los atropellos del enemigo al honor, las creencias y la hospitalidad de los vecinos inermes, ancianos, mujeres ó sacerdotes. El clero y las mujeres fueron el punto de apoyo de la grave palanca que puso en juego la resistencia popular en aquella lucha, cuya memoria durará eternamente para ejemplo de los pueblos que aspiren al bien supremo de la independencia nacional. Enrojeciósé la tierra española con la sangre de tanto y tanto mártir sin otro delito que su patriotismo; pero aquella sangre fué como la fuente de un río á la que van dando caudal los derivados de la montaña ó el valle en que se forma, pues que fué causa de los mares de la en que se ahogaron las ambiciones y los excesos de los invasores.

Un honrado labrador, cuyos bélicos instintos le habían llevado al Rosellón en la guerra de la República, vuelve á cojer las armas al asomar los franceses en principios de 1808 por las márgenes del Duero donde había nacido. Su corazón le decía que no era la amistad que fingían la que guiaba aquellos huéspedes orgullosos á la capital de España; y antes del Dos DE MAYO los espía en el camino, detenía sus correos y los mataba si se resistían al secuestro de sus balijas. Se quiso oponer al viaje de Fernando VII á Bayona, previendo la traición de que era víctima; y, no lográndolo, la vengó tan largamente, que una autoridad egoísta, vendida á los invasores, lo encerró en cruel mazmorra, de la que le libraron su temeridad y sus hercúleas fuerzas.

Al huir, formó partida numerosa con que emprender

operaciones de mayor monta que las acometidas hasta entónces; y en adelante no pudo francés alguno, convoy, ni destacamento del ejército imperial, transitar por las provincias de Soria, Segovia y Búrgos, sin la seguridad, harto peligrosa, de encontrar á su paso á Don Juan Martín Díaz y sus valientes secuaces.

Este era el célebre Empecinado, hombre galán y simpático, al decir de un biógrafo suyo, de estatura regular, ceceo y desenvuelto, de anchas espaldas, forzado y de pelo abundante y cerdoso en el pecho; el primero de nuestros guerrilleros en levantar el estandarte de la independencia española. No le llevó á la sublevación ofensa alguna á su persona de parte de los franceses; le precipitaron á ella el valor de que tan gallarda muestra había hecho en la guerra de la República, y la indignación que en él produjeron la falaz conducta de Bonaparte y el espectáculo de sus legiones al pisar el suelo de la patria.

Humano hasta ser escrupuloso en la manifestación de una virtud negada sistemáticamente á nuestros guerrilleros, hubo de sufrir mil contrariedades y hasta derrotas, que de otro modo habría evitado, por no mancharse con la sangre de los prisioneros, cuya entrega en los depósitos ó á los generales de los ejércitos le costó diversiones, ni cortas ni exentas de riesgos, á los puntos en que habían sido aquellos establecidos ó á las comarcas en que estos operaban.

Así apareció el Empecinado en la provincia de Salamanca por dos veces; la primera, como portador de pliegos muy importantes, interceptados al enemigo, para entregarlos al general inglés Sir John Moore; y la segunda, para depositar un gran número de prisioneros en la plaza de Ciudad-Rodrigo. Eran aquellos los días en que se libraba en Talavera la gloriosa batalla de 27 y 28 de Julio de 1809; y el Empecinado, puesto á la vanguardia del ejército de la Izquierda que ya mandaba el

duque del Parque, fué dirigido á hostilizar la rezaga y los flancos de los mariscales Sout, Mortier y Ney, que cruzaban la cordillera carpetana para caer en Plasencia á espaldas de los generales Cuesta y Wellesley y cortar su comunicación con Extremadura y Portugal. Los movimientos del Empecinado fueron tan hábiles y su acción tan eficaz que nadie, al observarlos, hubiera dicho que eran ejecutados por un ignorante y rudo campesino, sin los estudios ni la experiencia de un verdadero hombre de guerra.

Terminada aquella campaña, si gloriosa para las armas anglo-españolas, estéril por demás á la independencia de nuestra patria, el Empecinado volvió al teatro de sus primeras hazañas, salvando los mismos riesgos que antes había corrido al cruzar territorio tan extenso por entre las guarniciones establecidas en el camino y las fuerzas destacadas á su encuentro ó en su seguimiento.

La fama de sus brillantes hechos se había extendido por toda la Península; el gobierno central lo mismo que las autoridades de las provincias, comprendió la utilidad que podría sacarse de un hombre que, aún cuando en operaciones de pequeña escala, revelaba cualidades militares que cabría aprovechar en servicios de mayor monta, auxiliares de los á que eran llamados los grandes ejércitos que ya preparaban desde las fronteras de Andalucía y Portugal una expedición que acabaría sin más fruto que las anteriores de Extremadura y la Mancha. Era necesario distraer fuerzas de las que el enemigo tenía en Madrid, y aliviar además á los pueblos de las inmediaciones de la tan humillante como onerosa pesadumbre que pesaba sobre ellos.

La provincia de Guadalajara era la que con mayor urgencia exigía algún desahogo y la más importante de conservar en condiciones militares, así por lo que podían éstas perturbar la ocupación francesa en la capi-

tal de la monarquía, como por ser lazo de las comunicaciones con Aragón y el ejército de Suchet que allí operaba.

Allá fué, pues, llamado nuestro héroe para dar comienzo á una série de operaciones, todas ofensivas, que le permitieron la organización de fuerzas ya considerables y le proporcionaron la admiración de sus compatriotas y el respeto de sus enemigos. Hasta entonces había demostrado un gran valor personal en los varios combates singulares que hubo de sostener con los más esforzados adalides del campo francés; en adelante revelaría, ya lo hemos dicho, una prudencia y una habilidad dignas de la alta gerarquía de brigadier á que en Setiembre de 1810 lo elevó el gobierno supremo de la nación.

El cavador de viñas, capitán después de unos cuantos que los enemigos de España apodaban *bandidos*, pasaba así á general, peritísimo en las pequeñas operaciones de la guerra. La de sorpresas, asaltos y rebatos no podía tener representante más activo, inteligente y enérgico, pues en los dos años que operó en la Alcarria y Cuenca pasan de ciento las acciones que riñó con los franceses, muchísimas afortunadas y todas gloriosas para sus armas.

Su solo nombre imponía á los imperiales, áun encastillados, como solían mantenerse, en las antiguas fortalezas de aquella comarca, corazón, puede decirse, de la tan famosa Celtiberia, por temor á las algaradas del Empecinado que nunca cesaba de atalayarlos y sorprenderlos. No es, pues, extraño que, al solicitar en 1814 y obtener de Fernando VII la gracia de que se le permitiese unir á su apellido el de El Empecinado, manifestara en una exposición, desde entonces célebre, que ese honroso título se había hecho extensivo, por la notoriedad de sus relevantes servicios y el terror y escarmiento que había logrado imponer á los enemigos, no sólo á

los partidarios sino á los españoles de todas las clases, adictos á la justa y buena causa de la nación. Y cuando, vencidos ó escarmentados, con efecto, los franceses, desesperaron de alcanzar un punto de reposo en su ocupación y acudieron á las artes á que Roma solía apelar en casos tales para con sus adversarios, á la seducción, primero, y después á la discordia ó el puñal, salieron tan burlados como antes lo habían sido de las estratagemas militares ó de la acumulación de fuerzas en los puntos estratégicos y en los de refugio, elegidos por el incansable y astuto guerrillero, su enemigo. La ciudad de Guadalajara quedó reducida á ser prisión, tan sólo, de los franceses que la guarnecían, que no podían salir á su merodeo de costumbre ni destacar columnas ni convoyes para la comunicación y abastecimiento de otros puntos, también fortificados, más ó menos inmediatos. Hasta los centinelas tenían que mantenerse ocultos en las puertas de la población ó en los adarves de la fortaleza, sopena de servir de blanco á los disparos de los secuaces del Empecinado y ser víctimas de su acierto en el fuego. Tras las acciones de Torija, Mazarulleque, Mirabueno, Solanillos y Brea; después de fracasado el ardid de abandonar Guadalajara para mejor sorprenderlo y de ver la ineficacia de las contraguerrillas mandadas por españoles, de quien, como tales, se esperaba una acción eficaz y feliz, los generales del Intruso creyeron necesario un gran esfuerzo, á cuyo favor quedase el ejército de la capital completamente desembarazado de todo género de obstáculos, así en su ocupación como en sus gestiones políticas y administrativas por el centro de la Península. Entre esos generales había uno, José Leopoldo Hugo, que se jactaba de concluir con el insigne patriota, ya con su pericia militar, bien con sus arteros y enérgicos procedimientos. Y puesto á la cabeza de más de 3.000 infantes, muchos caballos, y cañones en gran número, el veterano de la

Vendée, vencedor de Fra-Diávolo, pasó á Guadalajara, resuelto á demostrar, según había ofrecido, que ni los accidentes de aquel terreno habían de detener al que había superado los del Poitou, la Bretaña y los Abruzos, ni la bizarría, la constancia y la habilidad del Empecinado habrían de superar tampoco las del célebre calabrés, objeto ya entonces de todo género de historias y leyendas.

Había, sin embargo, una gran diferencia que Víctor Hugo, hijo de aquel general, pondría de manifiesto al tratar de nuestro guerrillero en sus novelescos escritos. «No entraré, decía, en los pormenores de aquella guerra de montaña que era una repetición de la que el general había hecho en el Apenino. El sistema del Empecinado era el mismo que el de Fra-Diavolo; escaramuzas perpétuas y desapariciones súbitas. En el momento en que se le iba á aplastar, desaparecía bruscamente para reaparecer cuando menos se pensaba.»

«Pero había, añade, entre aquellas dos guerras una diferencia esencial; en Italia, los habitantes estaban contra las partidas, y en España con ellas. Y era que España se alzaba toda para rechazar airada la dominación extranjera, defendiéndose hombre á hombre, no hallo mejor traducción, y pié y á pié. Imposible saber por dónde había podido escaparse el Empecinado; los aldeanos daban falsas noticias cuando no tenían tiempo de huir á la aproximación de los franceses, y lo más frecuente era encontrar las aldeas desiertas, habiendo ocasión en que se anduvo ocho días seguidos sin haber visto á nadie. Antes de escaparse, destruían lo que no podían llevar consigo; no se hallaba pan ni carne; y, consumida la galleta, las tropas se morían de hambre.»

Vosotros no tendreis por exageradas las apreciaciones del célebre poeta sobre la guerra de España, que conoceis tradicional é históricamente mejor que él; pero á los que duden de ellas, les sacaré el testimonio del

mismo general Hugo que en un arranque de sinceridad que le honra, consignó en sus *Memorias* el concepto que vais á oír: «Difícilmente se hallará en la historia una guerra, si se exceptúa la de la Vendée, en que los pueblos hayan tenido que hacer más sacrificios por la causa de un príncipe, y en que los hayan hecho con la unanimidad y la rara constancia que en España. La Junta suprema y las provinciales les ordenaban el abandono de sus casas y muebles, hasta el de las cosechas, aún las ya recogidas en sus granjas, y obedecían al instante, huyendo á pesar del tiempo, no pocas veces rudísimo, á los bosques y las montañas, sin recurso alguno la mayor parte de las veces ni aún para alimentarse. En su abnegación sublime por la patria y por Fernando VII, la Junta de Castilla la Nueva no buscaba los palacios para la celebración de sus sesiones; una caverna en las rocas, una miserable choza en los bosques, las ruinas de algún edificio aislado en las montañas, venían á ser la capital administrativa suya en cuanto se veía contrariada por mis movimientos ó proximidad.»

La lectura de estos párrafos, cuyo espíritu, como de un solo origen, es el mismo, demuestra las dificultades que hallaría el bravo general, autor de uno de ellos, para la pacificación, que se le había encomendado, de la provincia de Guadalajara. La relación que hace en sus *Memorias* de los encuentros que su habilidad, el azar ó las provocaciones del enemigo le proporcionaron; aquella, sobre todo, interminable, que parece la de las más sangrientas batallas de la era napoleónica, por los detalles que contiene de la formación de sus tropas y las maniobras ejecutadas durante el combate, el fuego de la infantería, las cargas de los ginetes y los resultados conseguidos; esa relación, repito, constituye la prueba mejor de la inutilidad de los esfuerzos que desplegó el general Hugo para llevar á feliz término la mi-

sión á que tan gallardamente se había ofrecido. Porque ¿cómo ejecutar las operaciones que describe, cómo descargar tan rudos golpes, cómo producir las derrotas decisivas de que alardea, á un enemigo que se evapora al menor peligro á que puedan exponerle su inferioridad numérica ó la de su disciplina, para concentrarse inmediatamente y hacer sentir su furia en el primer momento favorable? ¿Cómo alcanzar éxitos ni establecer autoridad, administración ni nada en país habitado, es cierto, pero donde se opera ocho días seguidos sin ver seres humanos, sin pan, sin carne, muriéndose, como él dice, de hambre?

No; eso es increíble, como también lo son los episodios que narra, los cuales, parto de una mente exaltada, quitan autoridad á cuanto, cierto acaso en parte, pudiera servir para la reputación de un general valiente, y á quien no se puede en justicia negar talentos militares y literarios.

Y, si no, oíd una de las anécdotas más originales que recuerda en sus Memorias para convencer de su pericia en una guerra de aquel género, y de lo hábil de los ardidés usados por él contra sus ágiles y puede decirse que impalpables enemigos.

En una de sus expediciones de Brihuega á Sigüenza, intercepta un rico convoy de lanas, á cuyos conductores hace preguntar la razón de por qué ha huído el destacamento de caballería que los escoltaba, siendo él un general español y españoles los soldados que regía. Y dice muy formalmente en su escrito: «Conducido á mi presencia el *mayoral*, le repetí cuantas preguntas se le habían hecho de orden mía, y procuré saber si conocía al general Villacampa. Al oír su respuesta negativa y la noticia de que en Atienza se le había hecho tomar una escolta que lo defendiese de las partidas francesas que recorrían el país y acababan de batir al Empecinado, le declaré que yo era Villacampa, con lo que se esponta-

neó del todo, asegurándome que el convoy iba á Alicante para ser embarcado por cuenta de los ingleses, y dándome otras varias noticias que no son ahora del caso.»

Esta anécdota, como alguna otra de las estampadas en las Memorias militares del general Hugo, no necesita comentarios en una Sociedad tan docta como ésta, y sólo puede pasar por novela tan inverosímil, tan fantástica, como las del celebérrimo dramaturgo su hijo. Si fuera cierta, habría que representarse con no poco regocijo la estupefacción del mayoral del convoy y de sus cincuenta ó sesenta acompañantes, conductores de otros tantos carros que lo formaban, al aspecto, la petulancia y el acento de un general extranjero, rodeado de franceses y alemanes, pretendiendo hacerse y hacerlos pasar por españoles para con gente tan traviesa y corrida como nuestros carreteros.

No, señores, eso es un cuento y da la medida de la fe que debe concederse á unas Memorias escritas con el sólo fin de poderse atribuir la gloria de haber vencido á un guerrillero como el Empecinado.

Nuestro ilustre compatriota sufrió reveses ¿cómo no? pero ¿fué el general Hugo ó fueron el número y la calidad de sus tropas los que se los hicieron experimentar? Las del Empecinado eran coleccionarias; componíanse de hombres llenos de valor é inspirándose en el más elevado patriotismo, el de la pobreza y las abnegaciones; pero que el día antes habían dejado la esteva para combatir á los mejores soldados del mundo. Su agilidad, sin embargo, y fuerza muscular, cualidades que tanto ponderaba Vegecio en nuestros mayores, su inquebrantable constancia y ese raro instinto militar de que también están dotados nuestros compatriotas, dieron frecuentemente la victoria á los guerrilleros, y siempre allí donde las condiciones del terreno les permitían medirse personalmente con sus adversarios, no en línea, en que la disciplina ofrecía á éstos una gran ventaja.

Convoy que no llevara por escolta la fuerza toda puesta á las órdenes del general Hugo, podía darse por interceptado; columna volante que marchase por la zona de las habituales operaciones del Empecinado, iba medio derrotada; tan penetrados los franceses que la componían del destino que les esperaba que, no pocas veces, huyeron sin pelear, á la sola presentación del guerrillero que, situado en puntos de eficaz vigilancia, caía sobre el convoy ó sobre la columna con la oportunidad que le ofrecía el conocimiento perfecto del terreno y la energía que le daba la conciencia de su misión y propia fuerza. Y no pocas veces, mientras Hugo iba de Sigüenza á Guadalajara ó de Brihuega á Molina en busca del Empecinado, éste se hallaba en Cuenca ó sorprendía la Casa de campo esperando atrapar al mismo intruso, que solía ir á ella en busca de su único soláz y del descanso de sus tareas. Porque no podía ser más enojosa la vida del rey José en Madrid, no contándose seguro más que en Palacio ó en medio de sus tropas, y pudiendo á veces distinguir desde las ventanas de su regia morada al Empecinado, á Palarea y el Viejo de Seseña espiando, desde los Carabancheles ó Pozuelo, el menor descuido suyo para hacerle presa de sus garras.

Dice un historiador alemán, actor también en la guerra de la Independencia: «Como las abejas en derredor de las colmenas robadas, volaban junto á Madrid en enjambres los defensores modernos del príncipe y del pueblo.»

Las órdenes, con eso, y las instrucciones más apremiantes se multiplicaban de Madrid á Guadalajara, inspiradas en la ira y el sonrojo que necesariamente habría de causar tal espectáculo; y el general Hugo, desorientado casi siempre respecto á las maniobras de su adversario y en el colmo de la irritación por el vencimiento de sus columnas volantes y la inutilidad de sus concentraciones, concluyó por sentirse desalentado y

hasta enfermo, con necesidad de descanso para el cuerpo y para el espíritu.

Hasta su brillante imaginación comenzó á turbársele, y después de cerca de dos años de continuas fatigas, de fracasos y disgustos, pidió su relevo y regresó á Madrid para abandonarlo después á su rival que entraría al lado del vencedor de los Arapiles.

Ya he dicho que el Empecinado hubo de sufrir reveses en su lucha de todos los días con las robustas columnas del ejército francés encaminadas contra él. No fueron, con todo, de tal trascendencia que le impidieran aumentar gradualmente su fuerza numérica y la de su organización y disciplina, hasta alcanzar proporciones que exigieron, no sólo la concentración de las que regía el general Hugo, sino refuerzos considerables con que el enemigo trató de destruir las combinaciones que, á su vez, llevaban á cabo con nuestro guerrillero, Duran, Villacampa, Bassecourt y el Conde del Montijo, dirigidas á aislar al Intruso de los otros ejércitos franceses que operaban en las demás partes de la Península. Una sola fué la ocasión en que estuvo á punto de disolverse la que ya se llamaba quinta división del segundo ejército, del mando, entonces, del general D. Carlos O'Donell.

Perdida la esperanza de obtener resultados con la fuerza dedicáronse los franceses á buscarlos por la maña; y tal se la dieron para atizar el fuego de la discordia entre nuestros compatriotas de Guadalajara, que muy luego comenzaron á sentirse sus efectos. La Junta de aquella provincia fué la primera en caer en el lazo tendido á su patriotismo por los agentes secretos del enemigo, y ayudada por un general, en mal hora enviado para inspeccionar las tropas y darlas mejor organización, se indispuso con el Empecinado, exigiéndole no obedecer las órdenes de su general en jefe, que le llamaba á Valencia, y deshacerse de los cuerpos que no

se hubiesen formado con voluntarios de las comarcas que la obedecían. Y se vió en la de Guadalajara lo que, para desgracia de España, sucedía en otras provincias; que batallón que no perteneciese á ella dejaba de recibir raciones, vestuario y armamento, cuanto le era necesario para combatir al enemigo común. El batallón de voluntarios de Madrid, formado de los que lograban escapar de la capital y que mal podía organizarse en su provincia, se vió en los mayores apuros para racionarse, con dificultades invencibles para mantener la campaña, sin esperanzas de hallar acogida en otra parte; y abandonado á su destino y falto de dirección, cayó un día de los de Julio de 1811 en una emboscada enemiga, de que lograron muy pocos de sus soldados salir con vida.

¡Efectos del provincialismo, ese cáncer incurable de la nacionalidad española y que todavía ejerce su destructora influencia entre nosotros, obstáculo eterno opuesto á la unidad, que es el gérmen de la fuerza y base, la más robusta, del engrandecimiento de la patria!

La división del Empecinado se vió, así, reducida á las proporciones de la guerrilla en sus primeros tiempos, hasta que, nombrada nueva Junta según los preceptos de la ley que varió la composición y las atribuciones de todas las de España, y ausentándose el general por orden de O'Donnell que comprendió su ineptitud para la misión que le había confiado, pudo nuestro héroe ejercer de nuevo la autoridad que antes diera resultados tan grandes y beneficiosos. Y volvieron á lucir días de prosperidad para la causa nacional en aquellas comarcas, y los del terror, hasta supersticioso, que imponía el heroico guerrillero, cuya reputación se elevó á las esferas ya de los caudillos de más nombre en aquella época al terminar la gloriosa lucha de la Independencia con el vencimiento de los ejércitos franceses y su retirada al otro lado del Pirineo.

No me toca juzgar aquí al Empecinado en su carrera política posterior que le hizo martir ilustre de la Libertad, llevándole á un suplicio, tan indigno de las sociedades modernas como inmerecido é injusto. Parece que la sangre derramada en los campos de batalla por causa tan generosa como la de la independencia patria, debería ser prenda, más que segura, de respeto para las opiniones políticas que, aún creyéndose equivocadas, presuponen un sentimiento patriótico digno de examen tranquilo y de juicios exentos de ira y de espíritu de venganza. Pero en el mundo político, aún reconociendo y hasta proclamándose estas ideas, predominan las pasiones que ahogan la voz de la conciencia hasta que la sangre vertida, ya irreparable, y la edad y el olvido, á veces, del interés, y más el privado que el público, hacen volver su imperio á la razón aunque con ya tardío arrepentimiento.

No fué el Empecinado el único en demostrar cualidades sobresalientes para la guerra de partidas. Tantos salieron movidos por su ejemplo ó dejándose llevar de los mismos sentimientos é instintos, que á fines de 1809 era ya rara la provincia donde no pulularan los guerrilleros. Los éxitos de uno estimulaban al alzamiento en armas de otros muchos que se tenían por tan bravos y hábiles como él; y así el país fué cubriéndose de partidas que, creciendo en furia con los desmanes de los invasores, ejercían, como ellos, las crueldades más espantosas.

Sólo en la provincia de Zamora campeaban nueve ó diez cabecillas que, además, extendían sus correrías á las comarcas inmediatas, según las circunstancias y las necesidades del servicio que se habían impuesto. Otros tantos eran los que en la Mancha no permitían un momento de reposo á los franceses que vigilaban las comunicaciones con Andalucía, arrebatándoles correos,

destacamentos y hasta piezas de artillería. En Cataluña se presentaron muchos más todavía á la cabeza de aquellos fieros montañeses que no querían dejar marchitarse los laureles de sus antepasados los Almogabares de Sicilia y Constantinopla. La guerra tenía en el Principado un caracter tal de encarnizamiento, que sólo puede comprenderse leyendo las páginas de Vacani y de Suchet, que parecen escritas con sangre. D. Antonio Franch desde la hazaña del Bruch al pié de la sacrosanta imagen de Montserrat, Manso en las angosturas del Llobregat, y Eroles y Robira por toda la Montaña con sus temerarios migueletes, no dieron punto de paz á los franceses ni á sus generales que no tardaron en arrepentirse de sus bárbaras ejecuciones de Barcelona y Figueras. El ideal de los guerrilleros era la que llamaban *guerra de moros*, ignorando el nombre, más gráfico aún, *de fuego* que la dieron los romanos; y, siguiendo ese pensamiento, no encontraban para su conducta diferencia entre el francés, su enemigo, y aquellos de sus compatriotas que no se les unían, á quienes apellidaban *renegados*. Hasta se llegó á tomar misión, para muchos tan patriótica, por oficio y modo de vivir; habiéndolos que batían la estrada sin otro objeto que el de atacar á cuantos la recorrían, fuesen franceses ó españoles, para hacerlos víctimas de sus desafueros y depredaciones.

Así, el verdadero guerrillero, el reconocido y autorizado como tal por las juntas provinciales y el supremo gobierno que llegó á dictar reglas para la organización y servicio de las partidas, hostilizaba á los *espúrios* con la misma fúria que á los franceses, tomándolos por *jo-sefinos*, de aquellos que el Intruso había hecho armar para combatir á los nuestros, creyendo equivocadamente eficaz su acción, ó para desacreditarnos á los ojos del mundo civilizado.

El mismo Empecinado y Merino y Palarea, sus colegas de Castilla, y Mina y Porlier, Jáuregui y Longa en

el país vasco-navarro, Santander y Astúrias, se declararon enemigos encarnizados de toda partida que, no reconociendo su autoridad, campeara en su derredor independiente, formada no pocas veces de la gente suya, resistiendo el asomo de disciplina que exigían ó seducida por algún traidorzuelo, convencido de la ineficacia de sus comprados manejos al lado del legítimo guerrillero, su jefe.

Yo quisiera traer aquí todos los nombres ilustres en ese género de la guerra de la Independencia: los veriaais de todas clases, de índole tan diversa como su procedencia étnica y de costumbres muy diferentes en sus ayuntamientos militares, en sus armas, arreos y traeres. El uno busca armamento del que usan los ejércitos y aspira á organizar su gente é instruiria para después formar batallones y brigadas que lo eleven al rango de general. Otro se satisface con los fusiles ó escopetas, cogidos al enemigo ó requisadas en los pueblos de la zona en que opera, comenzando la campaña con el histórico trabuco, esa ametralladora que pone espanto en la caballería enemiga, diezmándola al creerse incontrastable en sus cargas y cuando espera tocar el triunfo con sus espadas y lanzas.

El número de unos y otros es, sin embargo, tan grande que se hace imposible el recordarlos aquí á todos; tengo, pues, que limitarme á hacerlo de muy pocos, aún cuando será de aquellos que por su importancia y fama hayan de ofrecer mayor interés en el objeto de esta conferencia.

El primero, señores, que como á mis lábios, vendrá á vuestra memoria, es D. Francisco Espoz y Mina, *Le petit roi de Navarre*, como le llamaban los franceses. Movido del ejemplo de su sobrino, el Estudiante, formó la partida con siete amigos, labradores también; y al caer aquél prisionero á principios de 1810 en Labiano, la aumentó, no sólo con la fuerza salvada allí, sino con



la de Echeverría, otro guerrillero, su rival en el mando, de quien se deshizo en Estella por los procedimientos, usuales entre tales gentes, de la violencia y la sangre.

Pero desde aquel momento y con el carácter de comandante en jefe de las guerrillas de Navarra, que le había adjudicado la Junta de Aragón, fué tal el arte que se dió para organizarlas é instruir las, tantas veces riñó con los franceses en ataques de convoyes, escaramuzas, sorpresas y asaltos á sus establecimientos y guarniciones, que en corto tiempo logró atraerse el entusiasmo de los pueblos de aquella belicosa provincia, que le ofrecieron toda clase de recursos, y la consideración del gobierno español que le otorgó todo género de recompensas. Impuso en el enemigo un terror verdaderamente pánico; obligándole, con su movilidad, á la concentración de fuerzas que le eran muy necesarias en otras partes, y con sus represalias, á cesar en la persecución y ejecuciones á que se había entregado en venganza de las derrotas que sufría, «Porque—y así lo dice en su opúsculo publicado en Londres—enfurecidos los franceses con los desastres que experimentaban en Navarra y no poder exterminar mis tropas, me empezaron á hacer una guerra horrorosa en 1811, ahorcando y fusilando á cuantos soldados y oficiales míos caían en su poder, lo mismo que á los interesados de los voluntarios, y llevando á Francia infinitas familias, di el 14 de Diciembre de ese año una solemne declaración compuesta de 23 artículos, el primero de los cuales decía: *En Navarra se declara guerra á muerte y sin cuartel, sin distinción de soldados ni jefes, incluso el Emperador de los franceses.* Y este género de guerra lo ejecuté durante algún tiempo, teniendo siempre en el valle del Roncal un cuantioso repuesto de prisioneros; si el enemigo ahorcaba ó fusilaba un oficial mío, yo hacía lo mismo con cuatro suyos; si él un soldado, yo veinte. Así logré aterrorizarle, y le obli-

gué á proponerme la cesación de tan atroz sistema, como se verificó.»

Así logró, además, establecer una autoridad que los mismos franceses reconocieron al darle el nombre, que antes he recordado, de *El rey chico de Navarra*, y no como irrisorio, pues sus generales, en mil ocasiones burlados y en muchas vencidos, no se desdijeron de tratar con él como de potencia á potencia.

«Mina—dice un escritor alemán—era el primero y más alto tribunal; y la dureza inflexible con que castigaba la menor condescendencia con el enemigo, fué bastante para que, á fines de 1811, se obedeciesen sus órdenes hasta en las poblaciones ocupadas por los franceses. En todas partes se confeccionaban secretamente uniformes, etc., para sus soldados, y las montañas más altas y los desfiladeros casi impenetrables eran asiento de las fábricas de armas, de los depósitos de municiones y de los hospitales. Los enfermos, y á veces los heridos, eran cuidados en las aldeas y villas, y no pocas en las casas donde se alojaban los que les habían causado sus heridas. Era rarísimo el encontrar un traidor.»

Hasta 143 fueron las batallas y acciones de guerra que Mina sostuvo en aquella campaña de menos de cuatro años; esto sin poner en cuenta los pequeños encuentros que le servían para ejercitar á sus reclutas, levantar su espíritu y foguearlos; siendo él siempre de los primeros en conducirlos al combate.

Con eso, además de impedir la ociosidad de sus partidarios, mantenía al enemigo en constante alarma y sin poderse desprender de elemento alguno de fuerza. Generales y generales se desacreditaron en su persecución, no bastando la habilidad de Dorsenne y Ciaussel, la energía y las artes de Reille, la firmeza generosa de Harispe, la rapidez en sus movimientos de Pannetier, de Klopizki y D'Armagnac, los talentos, en fin, de Cafarelli, Brun, Abbé, D'Agoult y otros muchos, para de-

rrotarlo de una manera decisiva, ni siquiera para sorprenderlo. Fué necesaria la traición de uno de sus partidarios que, con decir su apodo, el de *Malcarado*, recibe calificación suficiente, para que Mina se viera una vez en el caso de defenderse en su propio alojamiento; haciéndolo entónces con la tranca de la puerta mientras le preparaban el caballo en que salió á través de los húsares enemigos, para acudir á los suyos en las calles y fusilar inmediatamente al *renegado* que lo había vendido y á tres alcaldes y un cura que entraron en el complot para prenderle.

De las acciones que dirigió, fueron las más brillantes las de Rocafort y Sangüesa, donde con 3.000 hombres derrotó á 5.000 franceses, cogiéndoles su artillería y multitud de prisioneros; la de Arlaban, en que interceptó el convoy que debía servir á la vez de escolta al mariscal Massena á su regreso de la campaña de Portugal; y la de Mañeru, teatro de la derrota más completa de la división Abbé, que perdió casi toda su caballería y las piezas y bagajes que llevaba, llegando á Pamplona en el estado más lamentable. Pero la campaña que le dió mayor reputación, la de guerrillero impalpable y la de hábil caudillo, fué la del Roncal. Muchos generales á la cabeza de 20.000 hombres de todas armas, divididos en varias columnas, recibieron lá misión de destruir cuantos establecimientos había Mina creado en aquel valle y en los montes que lo forman. Todos iban, y lo mismo sus soldados, anhelantes por acabar de una vez con el terrible guerrillero y sus secuaces; pero de tal modo los burló con sus varios y, al parecer, dislocados movimientos, y hasta tal punto llegó á desorientarlos, ya pasando el Aragón y el Ebro, ya volviendo á Navarra y combatiéndolos impensadamente y siempre con ventaja, que hubieron de volverse á Pamplona vencidos, místios y avergonzados de su impotencia y de la habilidad de su adversario.

Coronel en Setiembre de 1810, brigadier en Noviembre de 1811 y mariscal de campo en Abril de 1812, sus nombramientos, además de los servicios que prestó, denuncian las proporciones que Mina iba dando á las fuerzas de su mando, las cuales, al terminar la guerra, llegaron á constituir una división del 7.º ejército con 13.500 hombres de todas armas. Con esa división, y según se organizaba y crecía, tomó 13 entre plazas y fuertes, hizo 14.000 prisioneros que remitía á Valencia, Cartagena y la costa de Cantabria, según las ocasiones, y arrebató al enemigo muchísimas piezas de artillería, fusiles, vestuarios y un botín inmenso que utilizó hábilmente entre sus partidarios.

Y lo mismo que sabía sorprender un cantón francés é interceptar un convoy, atacaba los cuadros formados para resistir á sus ginetes, rompiéndolos con gran estrago, así en Plasencia y Lerín, donde caían á miles muertos ó prisioneros los infantes enemigos, como en Sangüesa, en cuyo campo fué deshecha la *columna infernal*.

¿Qué de extraño, pues, que el antiguo labrador, el guerrillero despreciado en los comienzos de su carrera, llegase á obtener el empleo de general y el cargo de segundo del 7.º ejército, mandado en jefe por el célebre Mendizábal?

«Todas estas proezas,—dice un biógrafo de Mina,—vuestro antiguo é ilustrado consocio, D. José Grijalba, unidas á su actividad incansable y á la estratégica combinación de maniobras propias suyas, y la misma dureza y crueldad á que llegó necesariamente á acostumbrarse, arrastrado por el constante y tempestuoso torbellino de asechanzas, seducciones y perfidias de todos géneros, que disparaban contra él los franceses, llegaron á colocarle en primera línea entre los guerrilleros que en todos tiempos han sido producción indígena, digámoslo así, de nuestro suelo, acreditándole el nombre

de *guerrillero sin segundo*, que le dieron sus propios enemigos.»

Si Mina pertenece al rango, que antes he mencionado, de los aspirantes á generales, D. Jerónimo Merino se limitó á representar el papel de los modestos vengadores de los atropellos cometidos en sus hogares y templos, contra los objetos de su amor y veneración.

Al cruzar los franceses en su segunda irrupción los campos de Castilla, se alzó en armas el cura de Villaviado, un *clérigo de misa y olla*, como vulgarmente se dice, que apenas sabía leer y escribir ni había hojeado más libro que el misal de su uso, pero cazador infatigable y de un acierto espantador en sus disparos. Diciendo misa á sus feligreses, fué arrancado del altar para servir de bagaje á los enemigos, á quienes juró odio eterno al arrojar en Lerma por el suelo el bombo de una banda militar con que le habían cargado. La ofensa, además de enorme para un sacerdote y en tierra católica, había sido en extremo ultrajante; pero la venganza fué tan inmediata y alcanzó proporciones tales, que ni tardaron en sentirla sus provocadores ni la vieron acabarse hasta su completa desaparición de la Península.

El cura Merino, acogido en un principio á los pinares de Quintanar con quince ó veinte serranos que le ayudó á armar el Empecinado, tuvo en Burgos quien le diera noticias seguras de los movimientos de los franceses y le inspirara los que él debería ejecutar para interrumpirlos ó desbaratarlos.

Una junta, además, á manera de las de los cristianos en los primeros tiempos de la reconquista, celebrada en San Pedro de Cardaña junto al sepulcro del Cid, por un prócer burgalés, un centralista y los abades de Lerma y Covarrubias, inició á Merino, allí presente, en los vastos planes del gobierno de Sevilla y le señaló

el papel que habría de representar en aquella tierra clásica de la lealtad y de la abnegación.

No es de este momento el recordar cómo el desde entonces célebre sacerdote aumentó el número de sus partidarios, los dotó de armas y caballos y los adiestró en su uso y manejo. Lo que importa saber es que al mes y medio y á la cabeza ya de unos 300 ginetes, tan resueltos como él, se apoderaba de un convoy de pólvora y dinero, se hacía con importantes correspondencias del enemigo y le apresaba tantos hombres y caballos, que creyó necesario destinar gruesas columnas para vencerle y ahuyentarle. Tres generales, Dorsenne, Kellermann y Roquet, fueron destinados á esa empresa que el cura Merino hizo fracasar con sorprender en Quintana de la Puente otro inmenso convoy, dirigido á la conquista de Ciudad-Rodrigo, cuyos efectos, artillería, municiones, caballos y carros, fueron llevados, ocultos ó distribuidos en los pueblos próximos, sin conocimiento oportuno de aquellos tres discípulos del grande Emperador que, burlados en aquella y otras combinaciones, hubieron de abandonar su plan para incorporarse de nuevo á los ejércitos de que procedían.

¡Qué índole la del cura Merino!

El indocto clérigo no sólo moralizó á gentes entre las cuales iban á confundirse los criminales y bagabundos de toda la comarca y las colindantes, castigando los excesos en la bebida, las blasfemias y juramentos, sino que, al decir de uno de sus más caracterizados camaradas, «de rústicos, mal hablados y sin educación, los convirtió en seres morales, sociales y respetuosos con veneración; en un regimiento de soldados bien disciplinados, y fáciles de ser conducidos por la senda del honor y de la gloria.» Hombre de mediana estatura y flaco, imponía, sin embargo, á los más corpulentos y nervudos con la severidad de su mirada y lo brusco de sus maneras, lo lúgubre de su traje, lo inflexible de su

caracter y lo cruel de sus actos. A su lado no había más que respeto y adulación; llegando esta al extremo de apellidársele entre los suyos el *Campeador de Castilla la Vieja*.

Para pintaros su astucia y las precauciones que tomaba á fin de no ser sorprendido por los franceses, ni víctima de una traición por parte de sus subordinados, pernoctaba de la manera que vais á oír de boca del famoso Aviraneta, compañero suyo de fatigas y conocido de cuantos, como yo, no mozos, le habrán visto figurar disputando al general Espartero la gloria del convenio de Vergara.

«Regularmente,—dice en su opúsculo de 1870 sobre «Las guerrillas españolas,»—queda concluída la primera ronda á media noche, después de haber andado cinco ó seis leguas á media rienda. Llegando al monte con su asistente, ambos recorrían un zig-zags, de manera que el asistente quedaba desorientado del sitio en que se encontraban. De repente paraban, y el cura decía á su asistente: *Feo*, (ese era el apodo de uno de ellos) *tú aquí y buenas noches*. El asistente se apeaba del caballo, lo desembridaba, aflojaba las cinchas, echaba la manta, colocándole el *morral*, con un celemín de cebada, (no direis que faltan detalles), sacaba de la alforja los víveres para su cena, cenaba y se acostaba. Merino seguía caminando por el monte en zig-zags, y encontrando sitio aparente, que siempre era preferido donde corría un arroyo ó manaba un manantial, se apeaba, desbridaba el caballo, atándole con el roncal á un árbol, y quitándole la silla le echaba una manta y le ponía el morral con medio celemín de cebada.

«Según era el tiempo,—añade el Sr. Aviraneta—si este era bueno, sacaba de la alforjilla su maquinilla, y con espíritu de vino hacía chocolate y lo tomaba con pan, bebía un vaso de agua y fumaba un cigarrillo de papel, se envolvía en su buena capa, y sirviéndole la silla del ca-

ballo de almohada se echaba á dormir hasta las tres de la mañana, que despertaba y se levantaba. El reloj despertador que tenía lo colocaba á su cabecera en la silla del caballo. Volvía á echar en el morral del caballo otro medio celemn de cebada, y mientras lo comía lo ensillaba, y él comía una pastilla de chocolate con un pedazo de pan, bebía un vaso de agua fresca, le quitaba el morral al caballo y le daba de beber en el arroyo. Se encaminaba á donde estaba el asistente, le daba una patada en las piernas y le hacía levantar y poner el freno al caballo.»

Esta relación hará asomar la sonrisa á los labios de alguno de los que la escuchan; pero que lo achaque al estilo, quizás demasiado pintoresco y quizás nimiamente descriptivo, de su autor, no á falta de exactitud. Que sólo así podría burlar las asechanzas de sus enemigos y de sus émulos un hombre que, como el cura Merino, los tenía en gran número; unos, y eso le honraba, por su espíritu de venganza patriótica, y otros por ejercer las particulares suyas con un rigor que rayaba en la crueldad más refinada.

La que tomó del asesinato, que así debe llamarse, de los individuos de la Junta de Búrgos, sorprendidos en Grado por los franceses, fué, á la vez que enérgica, pues fusiló á diez y seis de éstos por cada uno de sus compatriotas, ejemplar y fructuosa, habiendo aquellos cesado en su sistema de ejecuciones. Pero dentro de su mismo campo y en las poblaciones del territorio que recorría, daba rienda suelta á aquella índole feroz y sanguinaria que le valió el odioso renombre que ha dejado entre los partidarios de la causa liberal.

Si diferencias y muy notables existían entre el Empeinado, Mina y Merino en cuanto á su origen respectivo, su conducta y procedimientos militares, mayor aún podía observarse en los de D. Julián Sánchez, otro de

los tipos del guerrillero que me es necesario definir, si he de dar idea del carácter de aquella guerra en lo que tuvo de popular y realmente española.

La provincia de Salamanca fué el teatro de sus hazañas; y las primeras fueron las de todos los guerrilleros, interceptar los correos, dar muerte á cuantos franceses se separaban de sus cuerpos, asaltar convoyes, rendir destacamentos, vengarse, en fin, de los atropellos de que habían sido objeto ellos, sus convecinos ó familias. La de D. Julián Sánchez, ferozmente ultrajada, tuvo un vengador en aquel joven que de aldeano, aunque soldado antiguo, supo elevarse también al rango de tantos héroes como produjo la desatentada conducta de los que, en nombre de la civilización, iban esparciendo por el mundo angustia y sangre, fuego y espanto.

Pronto creció la fama del guerrillero castellano y su partida se hizo más numerosa, hasta llegar á ser un brillante escuadrón de lanceros, elogiado de los mismos ingleses por su bravura y disciplina.

Más tarde, en 1810, al invadir Massena el territorio portugués, D. Julián se dedicó á romper las comunicaciones del ejército imperial con los demás de España, atacando los puestos franceses destinados á asegurarlas y á las columnas que, además, debían atender al abastecimiento del campo establecido frente á las líneas de Torres-vedras.

La campaña fué ruda, porque los franceses, creyéndola por su parte decisiva para la completa sumisión de la Península, si llegaban á echar al mar á sus aborrecidos rivales, los soldados de la Gran Bretaña, acumulaban tropas y tropas en su línea de invasión, y eso exigía de nuestro guerrillero esfuerzos extraordinarios y sacrificios muy costosos de fatigas, de privaciones y de sangre. Todo, sin embargo, lo vencía con su actividad, dando ejemplos tales de abnegación que los demás, sus camaradas de otras provincias, hubieron también de

contribuir al éxito, que se buscaba, de inutilizar la vigorosa acción de Massena en su marcha á Lisboa. Una de las causas que contribuyeron al fracaso del vencedor de Zurich y Rívoli, fué indudablemente la enérgica actitud de las guerrillas de Castilla y Extremadura; éstas, sirviendo de disculpa al mariscal Sout para su inacción en el camino de Badajoz al Tajo; y aquellas distraendo de su destino los refuerzos enviados al campamento francés. Cerca de 20.000 hombres, como luego veremos, hubieron de detenerse en España, atentos, primero, á perseguir á Mina, Longa y Jáuregui, que les salieron al encuentro en el pais vasco-navarro, y á proteger, después, un tren de sitio dirigido á Portugal y que los lanceros de D. Julián Sánchez fueron acosando en el camino; hombres y artillería que tanta falta hicieron á los franceses en las líneas de Lisboa y en Fuentes de Oñoro, en cuyo campo acabó de eclipsarse la estrella del *Hijo mimado de la victoria*.

Pero donde se puso más de manifiesto la aptitud militar de D. Julián Sánchez, fué en las sucesivas campañas de lord Wellington, á quien se unió después de aquella brillante jornada. Desde entonces, se le ve combinar su antiguo sistema, el disperso de los demás guerrilleros, con el que tan célebres hizo á Bracamonte y Cereceda en la guerra de Sucesión. No tenía la instrucción ni la pericia que ellos, pero suplía en él la falta de tales é importantes calidades la de un instinto de orden y disciplina que le hizo ser de gran utilidad al general británico, que llegó á tenerle en grande y merecida estima. El fué su confidente más leal y su guía más seguro; las noticias que le llevaba eran completamente exactas, como que las recogía en el campo mismo del enemigo á quien seguía siempre como la sombra al cuerpo; le conservaba las comunicaciones con sus fuertes y destacamentos, y protegía con su vigilancia y, en caso necesario, con su acción el servicio de provisiones, fo-

rrajes y correos, indispensable para el mantenimiento y conservación de los ejércitos.

Decía lord Wellington á su hermano el ministro de Inglaterra en Cádiz: «Conociendo el génio emprendedor y la inteligencia con que D. Julián Sánchez se conduce siempre, así como el fruto que puede producir para la causa común su partida, bien organizada y en estado de actividad por los servicios militares que es capaz de prestar y por lo que fomentan el espíritu de hostilidad contra los franceses en Castilla, él, sus oficiales y soldados con las conexiones amistosas que mantienen entre todos los cabecillas y guerrilleros del país, he creído deber agregarla por ahora al ejército británico; y esperando que el marqués de la Romana y la Regencia aprobarán esta medida, he dispuesto se le abonen las pagas y subsistencia ínterin yo la tenga empleada. Como será probable que disponga de ella á largas distancias del ejército, unas veces en España y otras en Portugal, y no pudiendo agregarla un comisario, he pensado que sería lo más conveniente hacerle un anticipo para las raciones de cada oficial, soldado y caballo, con lo que se evitarán violencias para los pueblos quejas y disputas.»

El teniente general, marqués de Londonderry, después de decir que las guerrillas prestaron en varias ocasiones servicios de una gran importancia, añade: «D. Julián Sánchez fué uno de los guerrilleros más emprendedores y hábiles que el curso de la guerra puso en campaña. Mandaba un pequeño cuerpo de caballería irregular, con el cual ejecutó tantas y tales hazañas, que muy pocos las hubieran como él acometido; llegando su nombre á ser tan celebrado en los cantos populares de sus compatriotas como temido y odiado por sus enemigos.»

¿Pueden darse pruebas más concluyentes de lo importantes que llegaron á hacerse los servicios de las

guerrillas y de cuánto apreciaban los de D. Julián Sánchez el egregio general en jefe del ejército inglés y sus más ilustres oficiales?

¿Qué significarían, en otro caso, los sables de honor que lord Wellington regaló á ese mismo D. Julián Sánchez, á Palarea y otros por encargo y en nombre del Reyente de Inglaterra?

No voy ahora á evocar la memoria de los altos hechos de tantos otros guerrilleros como la historia proclama agentes y muy eficaces en la gloriosa lucha de la Independencia española. Sin añadir enseñanza ni deleite á este relato, sólo conseguiría fatigar vuestra atención con el recuerdo de hazañas, todas semejantes, de maniobras, todas parecidas, y de resultados que se pueden generalmente traducir al siempre igual del cansancio de los jefes enemigos por la inutilidad de sus esfuerzos, el abatimiento de los soldados por lo inacabable de guerra tan mortífera, y la aversión, la invencible repugnancia del pueblo francés á una lucha en que veía perecer la flor de su juventud sin provecho alguno ni gloria para sus hijos.

Voy á hacer, sin embargo, un ligero recuento de los que más contribuyeron al éxito de las operaciones militares y á la reputación de un sistema que entre muchos ha alcanzado la de eficacísimo en toda guerra y decisivo en aquella. Como os he dicho ántes, los había que, reconociendo su origen en el ejército, comenzaron la lucha con fuerzas que atraía á sus órdenes el crédito de que gozaban en la opinión pública por sus servicios anteriores. Eran de estos: Renovales, el defensor de San José de Zaragoza; Villacampa y Durán, que también se habían distinguido en el sitio de la ciudad heroica ó en la retirada del ejército del Centro, Porlier que había allegado muchos de los dispersos de la fatal jornada de Burgos, y otros de no tan altas gerarquías, pero con in-

fluencia también entre las tropas. Si los califico de guerrilleros es sólo por seguir la corriente de la opinión general, porque, en mi concepto, son jefes y los únicos aceptables en buena organización para las operaciones de lo que ha dado ahora, y especialmente entre los extranjeros, en llamarse *la pequeña guerra*. No simbolizan la lucha popular como se entiende en España, pues que aún componiéndose de voluntarios las fuerzas de su mando, quedaron muy luego sujetas á disciplina y organizadas con la regularidad de las del ejército permanente y bajo la dirección de oficiales, no pocos, veteranos é inteligentes. Sus hábitos militares, las aspiraciones que abrigaban de elevarse á la consideración de sus compañeros de ántes y á más altas categorías en el ejército, los llevaron á unirse á éste para, en su combinación, prestar servicios más en armonía con sus inclinaciones y estudios. Si á veces ayudaron á los guerrilleros en alguna operación, fué para, inmediatamente de ejecutada, separarse de ellos, temiendo el roce de unos hombres mejor dispuestos á huir y dispersarse al menor contratiempo que á ensayar una resistencia verdaderamente táctica.

Tanto los citados como Milans, Sarsfield, Llauder y varios otros que procedían del ejército y después ocuparon en él posiciones muy elevadas y merecidas, no deben, pues, figurar en la lista de los guerrilleros españoles, según la significación que se dá á este nombre en nuestra patria.

Los representantes genuinos de la guerra popular son otros; son los que, refractarios á toda idea de orden, sin reconocer obligación de ningún género para con los ejércitos, los gobiernos ni autoridades, se creen los llamados á vengar los ultrajes inferidos á la nación y con sus venganzas, cuanto más terribles y ruidosas mejor, á salvarla de sus invasores y tiranos. No hay que buscar concierto alguno entre ellos; cuando hayan vencido

al adversario ó lo tengan lejos, reñirán entre sí y como los guerreros simbolizados en la fábula de Cadmo, acabarán por destruirse, confundiendo su sangre hermana para que, fecundada la tierra, broten más tarde nuevos campeones que se entrenchen del mismo modo y con idénticos resultados á la luz de esa tea, siempre encendida en España, de nuestras discordias. Hasta aquellos que han alcanzado una fama excepcional de ingenio y humanidad, y ahí está la historia de Mina para probarlo, se mostraron tan opuestos á la ordenanza militar y al gobierno y organización de las tropas por las prescripciones y reglas señaladas á los ejércitos, que rechazaban la subdivisión de cargos en su partida para, en ese espíritu democrático que nos distingue, considerarse todos como iguales, sin más diferencia que la del valor, la energía ó la fuerza. Fué necesario que se ofreciese á Mina el cange de los prisioneros si reducía su partida á organización y disciplina militares, para que la formara en compañías y batallones con sus jefes y oficiales, á fin de asimilarlos á los de los franceses en las transacciones á que daría lugar pelea tan larga y varia de fortuna.

Oigámosle en sus Memorias: «Yo llevaba, dice, grande ventaja á los franceses en el número de prisioneros que hacía; entre ellos había oficiales, y por la constitución particular de los voluntarios esta clase no estaba todavía reconocida oficialmente; y ni era justo que á los que de hecho ejercían funciones de tales no se les considerase en esta categoría por los franceses si llegaban á caer prisioneros, ni yo podía ni debía permitirlo.» Y si esto sucedía en la partida de un Mina, tan organizador y autoritario, ¿qué no sería en las innumerables que operaban en España, que ni conocidas eran por el verdadero nombre de sus cabecillas? Y, si no, allí van los de muchos de ellos que con su apodo llenaban más de terror que de respeto á sus enemigos. Comenzando

por el Empecinado, el Médico y el Cura de Villoviado, á quienes ya hemos hecho referencia, no acabaría en horas de recordar hechos, todos, repito, muy parecidos, del Capuchino, el apresador del célebre é infortunado general Franceschi, del Fraile, Chaleco el Bolsero, el Viejo de Seseña, Francisquete, el Molinero, el Abuelo, Zamarrilla, Calzones, el Cocinero, el Pastor, el Pinto, el Mantequero, Camisilla, el Caracol, Bocamorteros, Dos Pelos y hasta doscientos más que, por sus nombres de guerra, hacen presumir los de sus secuaces y súbditos, sus aparejos y traeres, proezas ó fechorías.

Y no es que yo condene las de muchos de ellos, que, al fin, peleaban por la patria, y no hacían sino vengar los atropellos y la feroz crueldad de sus enemigos. Dice el Conde de Toreno, el conspícuo historiador de aquella guerra: «No poco, por su lado, contribuían los franceses al propio fin. Sus estorsiones pasaban la raya de lo hostigoso é inicuo. Vivían, en general, de pesadísimas derramas y de escandaloso pillaje, cuyos excesos producían en los pueblos venganzas, y éstas crueles y sanguinarias medidas del enemigo. Los alcaldes de los pueblos, los curas párrocos, los sugetos distinguidos sin reparar en edad ni aun en sexo, tenían que responder de la tranquilidad pública, y con frecuencia, so pretexto de que conservaban relaciones con los partidarios, se los metía en duras prisiones, se los extrañaba á Francia ó eran atropelladamente arcabuceados. ¡Qué pábulo no daban tales arbitrariedades y demasías al acrecentamiento de las guerrillas!

Y esto no es nada para las violencias que se permitían los soldados franceses en el campo y los alojamientos; pero más imprudente y reprehensible era la conducta de los generales; en unos, por avaros, y en otros, por crueles; en todos con el fin, á tódas luces erróneo, de imponerse y lograr la sumisión de los españoles. Lo de menos era que esos generales comerciasen con el que

ellos llamaban su botín de guerra, como D'Armagnac, por ejemplo, que, volviendo á Madrid de Cuenca con carneros, gallinas y jamones, los hacia vender á la puerta de su alojamiento, el palacio de los duques de Frías, y como Lahoussaye y Blondau que no le iban en zaga. El mismo Emperador escribía, desgraciadamente cuando era imposible el remedio: «Las guerrillas se formaron á consecuencia del pillaje, de los desórdenes y de los abusos de que daban ejemplo los mariscales en desprecio de mis órdenes más severas. Yo debí hacer un gran escarmiento mandando fusilar á Soult, el más voraz de todos ellos.»

Eran mucho más trascendentales los que bien pudieran llamarse asesinatos á que algunos se entregaron con mengua del honor que nadie podrá negar á los hijos de la *gran nación*. El general Kellermann hizo aplicar fuego lento á las plantas de los piés y á las palmas de las manos de un niño que llevaba pólvora á los guerrilleros por no declarar quien se la daba; el general Roquet mandó fusilar veinte soldados prisioneros después de hacerles creer que, si se rendían, se les otorgaría cuartel; Bessieres hizo matar á los miembros de la junta de Búrgos y Duvernet ejecutó á un alcalde porque no podía presentar prófugos de su aldea para atormentarlos en los calabozos ú obligarlos al servicio del Intruso. Y ese general era el que escribía á Bessieres que mientras no se hiciese desaparecer al moderno D. Quijote, que era Durán, no había que contar con contribución alguna; á lo que dice Schépeler: «¡Cuánto no hubiera agradecido la humanidad ver en Duvernet la generosidad de D. Quijote!... No es que los franceses dejaran de comprender lo inútil de sus esfuerzos militares, lo mismo que lo de sus bárbaros procedimientos, no; porque ese mismo Kellermann decía á Napoleon que España en armas era la imágen de la hidra y que sería necesario un Hércules que la arrancara simultáneamente

sus infinitas cabezas; y Bessieres y Dorsenne confesaban que el rigor, lo mismo que la clemencia, no hacían sino aumentar la audacia de los rebeldes. Lo que hay es que convenía eso á sus miras para disculpar las violencias á que los precipitaba la ira por lo estéril de sus esfuerzos y la constancia de los españoles.

¿Qué mejor prueba, diría Reille, para sus severidades, al fusilar arbitrariamente á un oficial y varios soldados en Valladolid, que la representación de *Numancia destruida* con que le obsequió aquella noche la compañía dramática? ¿Qué duda podía haber al rey José del amor de los madrileños cuando, herido en la plaza un caballo francés y procurando acabarlo el toro, le gritaban: «*A él... A él... que es gabacho?*»

«Cuantos guerrilleros cogían, otros tantos ahorcaban,» escribía Proudhon en su libro sobre *la guerra y la paz*; cuantos les parecían sospechosos, eran fusilados. Derecho de *represalias*, dicen sus autores. Pero ¿quiénes habían principiado á infringirlo? ¿No eran los que sorprendiendo en *fragante delito* de desarme y de confianza á la nación española, haciendo traición á su hospitalidad, provocaban en seguida á esa nación ultrajada á batallas desiguales, hasta irrisorias? ¿No eran, en una palabra, los soldados de Austerlitz y de Friedland?

Tal se hallaba de excitado el espíritu público en España, aún á la vista y bajo la férula de los franceses, que llegó á extenderse á la corte de aquel rey que, para ponerlo de manifiesto á los ojos de su intolerante hermano, le escribía: «La opinión es omnipotente en el pueblo español; y esa opinión, hoy por hoy, nos ha vuelto la espalda, se ha declarado unánime contra nosotros.»

Y ¿cómo había de equivocarse en eso?

El corregidor de Madrid, y esto no es fábula, le presentó un día sus hijos vestidos con el uniforme de la guardia cívica; y encantado José de la hermosura y la

gracia del menor de ellos, D. Carlos Latorre, de algunos de nosotros conocido, le dijo con su bondad característica: *Y tú ¿para qué quieres ese sable?* — *Para matar franceses*, contestó resueltamente el niño.

«Los niños, dice con este motivo un historiador alemán, repiten lo que oyen en todas partes, lo que el pueblo siente, y pueden dar noticia de ese sentimiento mucho mejor que los cortesanos.»

Pudiera yo recordaros también los nombres de miles de patriotas que prefirieron la miseria, los tormentos y la muerte misma á la sumisión que se les exigía y al reconocimiento del nuevo Rey. El de uno sólo basta, sin embargo, para daros la medida del patriotismo de nuestros padres; el de D. José Romeu, que os cito, además, por haber nacido en Sagunto, la ciudad históricamente primera en que se reveló el espíritu de independencia de la nacionalidad española.

D. José Romeu había tomado parte con muchos de sus convecinos en el primer sitio de 1808, puesto á Valencia por el general Moncey; y, huyendo de Suchet al ocuparla en 1811, salió después de Alicante para, al frente de una partida, seguir haciendo la guerra á los franceses, á cuyos generales y jefes más distinguidos supo burlar frecuentemente, cuando no escarmentarlos y vencerlos. Ya que no ganarlo con los más halagadores ofrecimientos, logró Suchet sorprenderlo á favor de una traición tan hábil como vergonzosa, valiéndose de algunos que, no por capricho, llamaban nuestros compatriotas *renegados*. No os cansaré con la relación de las artes puestas en juego por el Mariscal para seducir á Romeu en la cárcel, en el consejo de guerra, en la capilla misma hasta el momento de su ejecución: sólo os diré que todos fueron inútiles y que el mártir se encerró en la generosísima fórmula de «que prefería morir antes que reconocer á otro Rey que á su legítimo é idolatrado Fernando VII.» Los generales Saint-Cyr y Mazzuchelli

trabajaron sin cesar, ya en el ánimo de Romeu para arrancarle el reconocimiento de José, ya en el de Suchet para obtener el indulto del patriota saguntino, todo sin fruto; porque al pié del patíbulo y por contestación á los ruegos, exhortaciones y lágrimas de los circunstantes, murió animándolos á perseverar en la defensa de la patria *por cuyo amor, dijo, se sacrificaba gustoso.*

¿Cómo vencer á un pueblo que tales hijos procreaba?

Para negar la existencia de ese espíritu nacional y la eficacia de su acción en la guerra de la Independencia, acción que pudiera desvirtuar la de nuestros aliados en las proporciones, á lo menos, que ellos pretenden haberla ejercido, los historiadores ingleses, Napier sobre todo, *nuestro afectuosísimo y ardiente admirador*, con esa imparcialidad que tan popular le ha hecho entre sus *desinteresados* compatriotas, pinta á los guerrilleros, á la masa general, dice, como muchos, por serlo cuantos temían la cárcel ó se habían escapado de ella, los contrabandistas, los frailes mal avenidos con la estrechez de las reglas de su orden y los poltrones que huían de las filas del ejército. Con saber que atribuye el origen de las guerrillas al deseo de apoderarse de la plata de los templos mandada recoger por el Intruso, se comprenderá qué móviles, qué virtud ni qué mérito concederá el escritor inglés á nuestros partidarios. Por supuesto que las tropas británicas no les debieron nada, ayuda de ningún género, ni lograron impedir á las francesas operación alguna de importancia. Ya habeis oido la opinión de lord Wellington y de Londonderry; pero si aún fuese necesaria otra, tanto ó más autorizada, ahí está la del general francés, Mathieu Dumas, que hizo la guerra de España como tal y á quien, al verter á su idioma ese párrafo de Napier, le ocurrió la observación siguiente: «La interceptación de las comunicaciones, dice, el ataque y la destrucción de los convoyes de víveres y municiones, mantentan aislados á los cuerpos del ejército,

sumían en la incertidumbre para sus planes á los generales en jefe, enfriaban á veces el entusiasmo y la confianza de las tropas. Lo cierto es que las guerrillas eran auxiliares poderosos para el ejército inglés; y los inconvenientes inevitables de aquellas bandas desordenadas estaban más que compensados con el daño y el estorbo que producían á los franceses y con las ventajas que de ellas sacaban los aliados.» ¿Qué más? Un prusiano, el coronel Schépeler, que hizo la guerra en las filas de los ingleses, dice así: «Reconocerá fácilmente el lector la eficacia de las guerrillas en Castilla y Navarra para las campañas de Wellington; porque si no hubiera sido mayor que la que ingleses y franceses pretenden, Massena hubiese contado con 18.000 hombres más que, si no antes, habrían decidido después en Fuente Guinaldo el éxito á su favor. Y á cuántos mató aquella inquietud constante en los franceses, nos lo demuestran los hospitales de Madrid, en los que, de Enero de 1809 á Julio de 1810, murieron 24.000 hombres y quedaron inútiles hasta 8.000.» Señores, en el otoño del último de esos años citado por Schépeler había en los hospitales franceses de España 43.050 enfermos ó heridos, de los que morían diariamente unos 220, á veces 285 y hasta 430, sin que en el cuadro de donde se han sacado estas cifras se halle comprendido el de los hospitales de Salamanca y Ciudad-Rodrigo, prueba de que no se toma en cuenta la cooperación del ejército inglés que, por aquellos días, se encontraba en observación de esta última plaza, á cuya defensa no quiso contribuir. Proudhon, y acabo con esto, de acuerdo con los cálculos de Lemiére de Corvey, eleva al de 500.000 el número de los franceses que perecieron en aquella guerra que él llama de emboscadas.

Y ¿por qué no habían de hacer eso y más que hicieron, 50.000 españoles esparcidos por todo el haz del país, alzados en armas para la defensa de los objetos más caros

de su corazón, heridos en sus sentimientos más delicados, llenos de ira y ansiosos de venganza? ¡Qué de sacrificios no hubieron de ofrecer en aras de la libertad y la independencia patrias! Sin poder aspirar á la gloria de los grandes capitanes ni á la de los ejércitos que peleaban por su misma causa, los guerrilleros sufrían unas privaciones desconocidas entre aquellos, sujetos, como estaban, á los azares de una lucha desigual, continua, con la sola esperanza de la pobreza por recompensa y la de la muerte por venganza.

Es cierto que tenían por suya la tierra, cuyas fragoridades, perfectamente conocidas, les ofrecían abrigo y seguridad en los más terribles huracanes de la guerra; que eran dueños de las voluntades, unánimes en el odio á los invasores, y que jamás carecían de noticias y confianzas con que así eludían la persecución del enemigo como podían sorprenderlo y destruirlo. Pero ¡qué de escaseces, qué de penalidades aún para hombres, como dice el Conde de Toreno, de manos encallecidas con la esteva y la azada, ablandadas sólo en sangre enemiga!»

Y ¿cuál era su recompensa, el galardón de sus trabajos y hazañas? Pues el desprecio de no pocos, el olvido de muchos de entre los que más fruto habían sacado de sus patrióticos esfuerzos, y la execración y la venganza de sus enemigos.

Uno, entre ellos, el más poderoso, aquel cuyo sólo nombre los provocaba á la pelea y á las más temerarias empresas y por cuyo vencimiento derramaron tanta sangre, acabó, sin embargo, por hacerles justicia en un célebre decreto, expedido cuando vió á la Francia *que tanto amaba*, en trance tan apurado como el en que él había puesto á nuestra España. Entre los artículos de ese decreto, el de 5 de Marzo de 1814, decía: «1.º Que todos los ciudadanos franceses estaban no sólo autorizados á tomar las armas sino obligados á hacerlo, como también á tocar al arma... á reunirse, registrar los bos-

ques, cortar los puentes, interceptar los caminos, y acometer al enemigo por flanco y espalda»...; y «2.º Que todo ciudadano francés cogido por el enemigo y castigado de muerte, sería vengado inmediatamente en represalia con la muerte de un prisionero enemigo.»

¡Qué expiación! Pero cuán vano resultó también su intento! porque fuera de algunos montañeses, muy pocos, de los Vosgos y el Jura, los franceses no contestaron á aquel llamamiento, que es la sanción más explícita de la conducta de nuestros guerrilleros y de la justicia de nuestra causa. Un hombre de Estado del tercer Imperio me preguntaba en 1870, cómo podrían organizarse en Francia las guerrillas que tan alta reputación habían alcanzado en España; y yo no hallé respuesta que darle más lacónica ni gráfica que esta: «La guerra de guerrillas no puede hacerse más que con españoles, y españoles pobres.» Y es que según dice su compatriota Montesquieu, la virtud, «la constancia, la fuerza y la pobreza, no se agotan jamás.»

El pueblo francés disfruta de mucha holgura y comodidades para que renuncie á ellas por una vida, como la del guerrillero, de privaciones, de fatigas y sacrificio. Los voluntarios del 93 no dieron tampoco los resultados que se esperaban de su ardimiento y entusiasmo; no eran ni guerrilleros ni soldados, y el tiempo y la excelente monografía de M. Rousset han dado al traste con su reputación. Lo que necesita la Francia es un hombre, un carácter de hierro, genio á la vez, militar, de ciencia y disciplina. Y el día que lo tenga, no lo dudeis, señores, volverán con él aquellos soldados de Rívoli y Marengo, de Awerstaedt y la Moscowa que fueron la admiración del mundo. Porque en un hombre, ahí está la historia para demostrarlo, y sólo en un hombre está el secreto de las batallas y de los imperios; pues no en vano corre por axioma militar el apotegma de que «vale más un ejército de corderos mandados por

un león que otro de leones regidos por un cordero.»

Nuestro caracter es muy diferente del de los franceses, y la manera de ser nuestra completamente distinta. De ahí, señores, el error de Napoleon y el de los afrancesados. El Emperador pensó que nada podría resistir á su talento y á sus fuerzas; y los afrancesados, si orgullosos con la sabiduría que creían haber arrancado á las, para ellos, infalibles páginas de la Enciclopedia, flacos de corazón por la carencia de fé que esas mismas páginas les arrebatara, se deslumbraron ante majestad tanta como la del moderno César y hasta llegaron á avergonzarse de la ignorancia y la miseria de sus hermanos, pobres hidalgos de aldea, sin otro patrimonio que la tradición á que ellos habían vuelto la espalda.

Y, sin embargo, los sabios se equivocaron y fué necesario que los ignorantes salvaran á la patria.

Creo haber expuesto las excelencias de los guerrilleros, con más calor quizás del que á mis opiniones militares pudiera corresponder, llevado siempre del espíritu de justicia en que procuro inspirarme; debo, pues, ahora y como ofrenda también á la verdad, ponerlos de manifiesto sus defectos y los frutos que han dado después á la patria.

«Fué irreparable,—he dicho en la introducción á mi obra sobre la guerra de la Independencia,—el gravísimo daño que produjo el sistema de guerrillas en lo que pudiéramos llamar la exageración del personalismo á que dió lugar, el mismo que tanto contribuyó al éxito brillante, glorioso, decisivo de la guerra de la Independencia, pero que fué causa de lo terrible, cruento y destructor de las civiles que después han destrozado nuestro país. Hombres sin educación militar y sin los alcances suficientes para descubrir el límite á que debían aspirar en sus empresas, pensaron que lo que en aquella ocasión daba resultados debía constituir un sistema general, invariable, y en su empleo creyeron ver la reve-

lación de una fuerza nacional y, á la vez, la de la personal suya. Influidos en la embriaguez del triunfo y de la satisfacción de su amor propio, por la división característica de los españoles, á la menor oportunidad y con el pretexto más frívolo, trataron de imponerse hasta á sus mismos conciudadanos; y no hubo causa nacional, política, ni aún de interés de provincia en que no se apelara á ese sistema, en que no se amenazase con todos sus efectos y con todos sus errores. Y las guerras civiles, las sublevaciones contra la autoridad, lo que sólo debía tener el caracter de una representación ó de una queja, tomaba la forma de una guerra antigua, la de fuego. Los que la habían hecho por su independendencia y los fueros de su nacionalidad, empleaban con los soldados de la patria y con sus propios vecinos, los ardides, las violencias, los asesinatos que les habían dado renombre. La protección á la autoridad, la santa defensa del hogar, constituían para ellos un delito, si se hacían en representación de otros principios políticos ó de bando distinto, y procuraban castigarlas derramando la sangre y esparciendo la misma desolación en el país, que años antes habían derramado y esparcido sus injustos y provocadores enemigos.»

«Imposible,—añadía yo,—por ese camino la constitución definitiva de la patria, imposibles su prosperidad y engrandecimiento, seguras su postración y su ruina. Y es que la ignorancia confundía una lucha con otra, una causa política con una nacional, una necesidad con sus excesos, y se abandonaba la formación de los ejércitos regulares y la reconstrucción de las plazas, únicos elementos verdaderos de fuerza, baluartes y ciudadelas inexpugnables de los grandes Estados.»

Ahí teneis reveladas las opiniones de que os hablaba hace un momento y que, como militar y como historiador, he abrigado y es probable abrigue en lo que me resta de vida. Tengo dos razones y, en mi concepto, justísimas para pensar así: una, la de los resultados que han dado las guerrillas después de su cooperación en la lucha, tan felizmente acabada en 1814: y otra, la de los

obstáculos que yo creo ver por entre las oscuras nubes de lo futuro para una nueva y eficaz acción de ese sistema si fuese necesario resistir otra vez como en 1808.

Las guerras civiles que se han sucedido en lo que vá de siglo, nos han mostrado los mismos hombres y peleando de igual modo, pero divididos, en bandos opuestos, trocando sus primeros sentimientos de amor patrio y compañerismo por los del ódio más concentrado para despedazarse entre sí y desgarrar el seno de la madre común. Unos se prendaron de las ideas proclamadas en Cádiz, suponiendo que estaban conformes con el espíritu en que se inspirara la nación al acometer la grande empresa de la Independencia, espíritu que no podría menos de hallarse de acuerdo con el de la libertad política, el de la dignidad personal ingénito en nuestra raza. Otros creyeron que el ideal de los españoles al verter su sangre y sacrificar los intereses de todo género que habían ofrecido en el altar de la patria, era el que habían proclamado al sublevarse contra la tiranía de Napoleon y en los campos de batalla, bien ajeno, en su concepto, al de aquellos legisladores que, seducidos por las brillantes teorías ultrapirenaicas y no bastante escarmentados con las desgracias del pueblo francés, ni libre entonces ni pacífico siquiera, querían implantar en el español ideas y fórmulas que desconocía y para cuya práctica no se hallaba preparado. Y habituados á dejarse llevar de las pasiones, naturalmente exacerbadas con lucha tan larga y sangrienta, las dieron también rienda suelta, las exageraron, si era posible, en la que veían entablarse entre las nuevas opiniones y las viejas costumbres, el modo de ser de los españoles de todos tiempos. Y luego comenzaron las conspiraciones, y en pós fué el choque de los bandos en que se dividió la opinión con la misma violencia y encarnizamiento que si hubiera de ejercerse con los que se acababa de vencer, enemigos comunes, invasores y tiranos, detenta-

dores de cuanto podían amar y amaban los españoles.

Pero ¡qué desencanto, señores! Los antiguos guerrilleros, aquellos adalides de la Independencia española, cuyo sólo nombre metía espanto en las huestes imperiales y, más aún, en los ilusos que, creyéndolas invencibles, se habían acogido á la sombra de sus enseñas, pusieron de manifiesto su impotencia desde que, saliéndose de su esfera, se presentaron cubiertos de galones y entorchados ejerciendo en el ejército las funciones de los cargos á que los había elevado la gratitud nacional.

Los representantes más genuinos de la guerra popular se hallaron sin los elementos que antes constituían su fuerza, el favor de los pueblos, el abrigo de los montes, las dispersiones y las concentraciones oportunas, la acción, por fin, expedita, sin trabas, según sus medios y su irresponsabilidad. Por el contrario, se vieron rodeados de las mismas dificultades casi que sus enemigos de otro tiempo, puesto que la discordia que encendiera las pasiones políticas era quizá más abrasadora que la ira nacional, por lo mismo que ejercía sus furros entre hermanos. Yo podría sacaros ejemplos, y no raros, de esos hombres cayendo en el descrédito más grande en las filas disciplinadas del ejército, poniendo cada día más de manifiesto la ignorancia que ocultaban su valor y la energía de su carácter, pero ejercitándose en otro medio que el técnico de nuestros oficiales, y contra enemigos que peleaban fuera de su país, rodeados por do quier de patriotismo, rencor y anhelo de venganza.

Y es que no hay más que un agente militar capaz de acción siempre igual, eficaz en todas las circunstancias de la guerra, general y uniforme en las diferentes naciones del mundo, y ese agente es el ejército, organizado en cada uno según su manera de ser peculiar, con la instrucción conveniente y dirigido por el talento y la experiencia, conforme á las reglas, muchas inmutables,

del arte de la guerra. Los nuevos organismos de la milicia no son tan vulnerables como los antiguos por las guerrillas; dándoles hoy fuerza excepcional el superior armamento y los ferro-carriles. No fácil de adquirir aquel por las masas populares, ni de reemplazarlo fuera de los centros de población y de la industria, una vez deteriorado su frágil mecanismo, aún ofrece su sostenimiento mayores obstáculos en el nuevo cartucho que, siendo metálico y de construcción complicada, se hace imposible de adquirir en el campo. Y si la guerra civil carlista, que es la más similar á la de que se trata, ha terminado para siempre en España si se organizan debidamente las reservas y, armadas con el nuevo fúsil, se acumulan por las vías férreas en los focos de insurrección antes de que pueda tomar cuerpo y fortificarse, las guerrillas se verían abrumadas por el número con que hoy cuentan los ejércitos al invadir un territorio, el inmenso material que llevan, y la mayor facilidad de proveerse de todo lo necesario á su sostenimiento, impidiéndoles acometer las empresas que acostumbraban, usar de los ardidés y gozar de la impunidad que tan útiles y eficaces las hizo en la guerra de la Independencia. Pero podeis tranquilizaros los apasionados de las guerrillas, porque mientras haya españoles, no dejarán de salir al campo á satisfacer su anhelo patriótico y su inclinación irresistible á las aventuras y los combates.

Y con esa arrogancia, ya jactanciosa, que no sé si es virtud ó vicio en nuestra raza, les oireis insultar al invasor y gritarle desde las crestas de Arlabán, del Moncayo y del Monseny, ó desde las torres de Zaragoza y de Gerona, escenarios de tanta y tanta proeza inolvidables: «Nosotros somos los hijos de aquellos que, á pesar de la miseria y de la ignorancia en que los crefais sumidos, abrieron al coloso detentador de la Europa el camino de Santa Elena para, otro Prometeo, llorar allí tardíamente su desgracia, sus errores y ambiciones.»